
Francesca Scamardella. Titular en el Departamento de Derecho de la Universidad de Nápoles Federico II, donde imparte Formación Clínico-Legal. Recibió un doctorado en Filosofía del Derecho (2010) en la Universidad de Nápoles Federico II y dos másteres internacionales, uno en Sociología Jurídica (2007) en el Instituto Internacional de Sociología del Derecho (Oñati - España) y otro en Global Rule of Law & Constitutional Democracy en la Universidad de Genoa (2016).

Contacto: francesca.scamardella@gmail.com

VERDAD Y MENTIRA EN LA POLÍTICA EN LA ÉPOCA DE LAS REDES: NUEVAS EMERGENCIAS DEMOCRATICAS¹

Francesca Scamardella

Università degli studi di Napoli Federico II

TRUTH AND LIE IN NETWORK POLITICS: NEW DEMOCRATIC RISKS

Resumen

La palabra *post-verdad* indica condiciones en las que la influencia de los hechos objetivos en la formación de la opinión pública era menor que la de las emociones o las creencias personales. Este trabajo tiene el objetivo de proponer una reflexión iusfilosófica sobre la post-verdad en la política a partir de su génesis histórico-conceptual, que corresponde a la edad del posmodernismo, y que continúa la revolución tecnológica global que comenzó en los años ochenta del siglo pasado y definió su dominio Sociopolítico. Este trabajo, también analiza las tesis de Hannah Arendt, acerca de los totalitarismos y los escándalos americanos de los *Pentagon Papers*.

¹ Fecha de recepción: 2 de febrero 2019; fecha de aceptación 28 de febrero 2019. Este artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado con el Dipartimento di Giurisprudenza, Università di Napoli, Federico II.

Palabras clave

Post-verdad, opinión pública, posmodernismo, red, Hannah Arendt.

Abstract

The word *post-truth* can be referred to those circumstances in which emotions or personal opinions are stronger than objective facts in processes of making public opinion. This paper proposes a jus-philosophical discussion about the use of *post-truth* in politics, by analyzing its historical-conceptual genesis with the birth of post-modernism and through the technological global revolution, begun in the Eighties. The work also discusses post-truth by examining Hannah Arendt's thesis who analyzed the category both analyzing the *Pentagon Papers* scandal and the Nazi-totalitarian movements.

Keywords

Post-truth, public opinion, post-modernism, network, Hannah Arendt.

Una premisa

En 1992, Steve Tesich acuñó el término *post-truth* (post-verdad), utilizándolo por primera vez en un ensayo sobre la Guerra del Golfo y el escándalo Irán-Contra publicado en la revista *The Nation*. Neil Medgley, periodista del *Telegraph*, aseguró que esa palabra indicaba condiciones en las que la influencia de los hechos objetivos en la formación de la opinión pública era menor que la de las emociones o las creencias personales (De Rosa y Reda, 2017).

En 2016 el *Oxford Dictionary* definió *post-verdad* como la palabra del año².

Esta decisión —que ha suscitado muy diversas reacciones— se llevó a cabo en relación con dos eventos específicos: el referéndum sobre el Brexit y las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Todos sabemos lo ocurrido en estas dos votaciones.

El resultado de la victoria de Trump y de la decisión de salir de la UE tomada por el Reino Unido (aunque el proceso no haya todavía llegado a su conclusión) ha sido una manipulación significativa de las informaciones mediante la introducción de noticias falsas en los canales informativos de internet y de las redes sociales, lo que genera la aceptación de la opinión pública, haciéndola más fuerte o desestabilizándola considerablemente.

Quizá lo más interesante, en mi opinión, es que la difusión de las llamadas *fake news* políticas, la alteración de las informaciones sobre los candidatos, la divulgación de noticias falsas sobre la UE, sobre ventajas y desventajas en relación con la salida por la UE, no haya ocurrido en secreto, sino más bien públicamente, de tal manera que la opinión pública no solamente no ha creído conveniente comprobar la legitimidad de estos datos, sino que además ha mantenido una postura de aceptación apática y reforzado los procesos de *puesta en escena* de realidades ontológicamente alteradas. La difusión y el intercambio virtual de estas informaciones hizo que los electores se sintieran parte de una totalidad, de una ideología que, por ejemplo, tenía como objetivo la no elección de Hillary Clinton, en cuanto miembro de un odioso *establishment*, o la salida del Reino Unido por la UE, que quitaba riqueza y productividad a los ingleses para regalarlos a los pueblos europeos más pobres.

² Como se puede leer en el sitio web del Oxford Dictionary: “After much discussion, debate, and research, the Oxford Dictionaries Word of the Year 2016 is *post-truth* – an adjective defined as ‘relating to or denoting circumstances in which objective facts are less influential in shaping public opinion than appeals to emotion and personal belief’”. Véase: <https://en.oxforddictionaries.com/word-of-the-year/word-of-the-year-2016>

Este trabajo tiene el objetivo de proponer una reflexión iusfilosófica sobre la *post-verdad* en la política a partir de su génesis histórico-conceptual, que corresponde a la edad del posmodernismo, y continuando por la revolución tecnológica global que comenzó en los años ochenta del siglo pasado y definió su dominio sociopolítico. Comentaré, a este respecto, las tesis de Hannah Arendt, quien se ha ocupado de estas cuestiones tanto por lo que se refiere a los totalitarismos como a los escándalos americanos de los *Pentagon Papers*, para, después, analizar el papel desarrollado por la tecnología moderna de las redes.

El análisis me permitirá detectar los riesgos que corre la democracia derivados de la utilización común de la post-verdad en la política. La deconstrucción de la verdad a la cual corresponden el encubrimiento, la negación de la realidad disuelve la narración del sujeto que, a partir de la *polis* griega, y continuando hasta los logros de la modernidad, se mostraba a sí mismo en el debate público justo con el discurso-*lógos* (*λόγος*), más allá de sus peculiaridades determinadas por su pertenencia identitaria, religiosa y política. Cuando nos enfrentamos a una mentira que transforma lo que existe realmente, y la realidad queda ontológicamente dañada en su facticidad, entonces hay un sujeto deshabilitado que, aunque aparentemente siempre conectado con dispositivos eléctricos y redes sociales, está renunciando a las posibilidades reales de compartir relaciones originales y mundos posibles.

Como si se tratara de un perpetuo one man show, las redes sociales propagan un efecto cosmético: las imágenes pasan rápido en los monitores, en pantallas planas, dejando la ilusión de un intercambio sin espacio, sin tiempo y sin la posibilidad de participar en los procesos de toma de decisiones, por la simple razón de poder expresar su propia opinión en las redes sociales. Detrás de esta totalidad ideológica, la verdad se descompone, se fragmenta, se disuelve y, con ella, la esfera pública, mientras que la política renuncia a su papel.

¿Es ese el final de la historia?

Yo no creo que tal sea el caso, pero, sin duda, es la *hybris* de nuestra época que nos impone hacer frente a los errores del pasado y del presente.

La advertencia de Hannah Arendt se escucha fuerte y no podrá ser *mediatizada* en la medida en que *fabricar* y *manipular* la realidad lleva, sin duda, al aniquilamiento del sujeto. Antes que reproducir narraciones mediáticas que nos entregan un sujeto que ya no vive en relación con el otro, la política debería poner en marcha los *datos de hecho*, la ontología indiscutible de la realidad cuya impetuosidad tendría que ser *mediada* por el debate público y no *mediatizada*, renunciando a las construcciones ficticias de la era de la globalización.

El hombre no necesita ficciones conformistas sino una condición relacional incluyente y no uniformadora que pueda desarrollarse y aumentar en la esfera pública.

El posmodernismo está muerto (o quizás no)

En palabras de François Lyotard (1987), la caída del muro de Berlín había inaugurado la dura temporada del *posmodernismo*. A este concepto se vinculan todos esos intentos de desmontaje gradual de las certezas, de los conocimientos y de las revoluciones científicas de los siglos anteriores. Empieza así un periodo caracterizado por el desencanto tanto de la metafísica como de la ontología³. Se abre paso la idea de que no existen verdades y certezas absolutas, y que el conocimiento no es objetivo, sino que depende de la interpretación de los hechos; además, se cree que la perspectiva de quien conoce establece verdades parciales, además, siempre discutibles y revisables. En un mar de relativizaciones se desvanecen categorías milenarias como ‘verdad’, ‘razón’, ‘conocimiento’, dando paso a una *embriaguez o incredulidad posmoderna* que decreta el final de cualquiera ideología. Las metanarrativas quedan deslegitimadas y el mismo conocimiento se apoya en un tipo de racionalidad fluida y polimórfica, legitimada por un consenso que “*debe ser local, es decir, obtenido de los «jugadores» efectivos, y sujeto a una eventual rescisión*” (p. 51).

Al igual que en el ámbito del conocimiento, el vínculo social también evoluciona hacia itinerarios y modalidades más elásticos e inestables, tanto en el ámbito profesional como en la vida privada, familiar, afectiva, cultural, política.

Visto de cerca, el posmodernismo constituye el éxito histórico-político de Occidente y no una simple etapa evolutiva. Se trata de una condición histórica, social y antropológica que se impone después del lanzamiento de la bomba atómica. Este es el evento traumático que, haciendo real la posibilidad de la desaparición de la raza humana, destroza las certezas adquiridas en los siglos anteriores. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial sí que abren la vía a representaciones múltiples de la realidad, verdades diferentes entre sí y fragmentadas que sustituyen las certezas absolutas ganadas por la metafísica y por la ontología.

Sin embargo, en las últimas décadas del último milenio ha surgido una lenta reacción a las deconstrucciones del posmodernismo. Incluso Rorty, en los años noventa y en

³ En realidad, ya Nietzsche y Heidegger habían desarrollado un pensamiento anti-metafísico, incluso, en el caso de Heidegger, ultra-metafísico, si éste se entiende justo como una superación de la metafísica. Sobre el punto, v. Heidegger 2000, p. 6.

plena polémica con el deconstruccionismo radical de Derrida, había ampliado el debate considerando engañoso el dominio del texto y preguntándose, en cambio, si no sería posible fijar criterios de interpretación que favorecieran la comprensión de un texto, pero también de las cosas en el mundo⁴. A esos primeros intentos pragmáticos de Rorty sigue luego un verdadero movimiento, llamado *New Realism*, que, en conflicto directo con el posmodernismo, intenta reiterar la existencia de una verdad ontológica inamovible (un libro en el escritorio o un perro que juega con una zapatilla no representan hechos que se puedan interpretar) que se resiste a cualquier forma de interpretación y deconstrucción (*verdad epistemológica*).

El debate sobre la vuelta de una visión realista también fue amplio y fructífero en Italia, donde ha venido a caracterizarse especialmente a la luz de una oposición entre realidad y conocimiento, así también por su crítica del posmodernismo y del constructivismo que consideraban una mala comprensión de la filosofía kantiana⁵.

Desde el punto de vista del nuevo realismo, el posmodernismo sería entonces un fenómeno concluido: la época del conocimiento como creación hermenéutica de la realidad, del final de las ideologías y de la deconstrucción de cualquier verdad, ya no tendría potencia alguna, y esto permitiría, finalmente, una vuelta ontológica a la realidad.

Sin embargo, las previsiones del nuevo realismo han demostrado ser demasiado apresuradas y la polémica entre realismo y posmodernismo se ha mostrado, incluso, sin sentido; y es que la reafirmación de la existencia de la realidad es algo muy diferente a su conocimiento, y si las operaciones de los sistemas reales también son hechos reales con efectos reales sobre la realidad, el contenido de dichas operaciones podría ser ficticio. La cuestión, entonces, no es la existencia de la realidad, algo que no es negado ni por el constructivismo, ni por el posmodernismo, sino más bien el conocimiento, es decir, los

4 En relación a una conferencia que tuvo lugar en Cambridge en 1990, Rorty había sostenido, a este respecto, que un destornillador podía concebirse como instrumento para atornillar, pero teniendo en cuenta su forma y sus capacidades cortantes también era válido como instrumento para abrir sobres. Preocupado por las sobreinterpretaciones y por el pre-valor de la *intentio lectoris*, Umberto Eco (1995) respondió al ejemplo de Richard Rorty de esta manera: “Ya que puedo introducir un destornillador en una cavidad haciéndolo girar en la misma, puedo también utilizarlo para rascarme una oreja. Pero al mismo tiempo el destornillador es también muy afilado y demasiado largo para que pueda controlarlo con atención milimétrica, y éste es el motivo por el que normalmente me abstendré de introducirlo en mis orejas. Un palillo corto cubierto de algodón es más adecuado. Esto nos lleva por lo demás a poder afirmar que de la misma forma que hay *equipos posibles*, hay también *equipos carentes de sentido*. No puedo utilizar un destornillador en lugar de un cenicero. Puedo utilizar un vaso de papel como cenicero pero no un destornillador” (pp. 174-175).

5 John Searle, sin rodeos, definió el *Nuevo Realismo* como “la idea de que exista una realidad completamente autónoma de nuestras representaciones” (De Caro & Ferraris, 2012, p. 169).

En relación al debate sobre el *new realism*, además de la publicación que ya he citado, a cargo de Ferraris y De Caro (*Bentornata realtà*, cit.), en la que se retoman los temas y los aspectos teóricos del realismo, partiendo de nuevo de la crisis del posmoderno, pueden verse las interesantes intervenciones de Corrado Ocone, Emanuele Severino e Gianni Vattimo, disponibles en las siguientes páginas web: <http://www.reset.it/blog/severino-vs-ferraris-il-nuovo-realismo-davanti-al-tribunale-della-ragione-filosofica>; <http://labont.it/wordpress/wp-content/uploads/2012/08/Severino-16-settembre.pdf>.

eventos comunicativos mediante los cuales conocemos y comunicamos la realidad. En otras palabras, “el conocimiento de la realidad es una construcción hecha por el sistema” (Cevolini, 2007, p. 17).

La reafirmación vigorosa de las narraciones posmodernistas ha sido posible también gracias a la revolución de las tecnologías de la información que, desde los años ochenta, han venido produciendo una fuerte reestructuración del sistema capitalista y del estatismo. La idea de red tuvo su origen en un proyecto del Departamento de Defensa de los Estados Unidos de los años sesenta para evitar el posible control y destrucción por parte del enemigo soviético de las comunicaciones y de los datos americanos. Repartiendo este material en una red de comunicación global compuesta por redes informáticas, se excluía cualquier riesgo de destrucción.

A partir de los años ochenta las tecnologías de la información nunca volvieron a ser un simple remedio político-militar, sino que más bien remodelaron profundamente nuestras sociedades. En efecto, si el modelo de desarrollo industrial se había diferenciado del modelo agrícola por la introducción de nuevas fuentes de energía que habían descentralizado y reemplazado (al menos en parte) la labor humana, la innovación del modelo de la información es la producción, elaboración y comunicación de informaciones. La misma producción de información se vuelve foco de productividad, estableciendo y extendiendo un proceso de cambio organizacional fundamentado en la flexibilidad y capacidad de adaptación, en la globalización de la producción y en la producción y circulación simultánea de bienes y medios a nivel mundial.

Bajo estas nuevas presiones el estatismo colapsa: llega a ser imposible aplicar políticas monetarias nacionales autónomas y, por consiguiente, los Estados se adaptan a los movimientos de los mercados globales. Además, al colonialismo geográfico del siglo pasado se sustituye un colonialismo de tipo militar y económico que se basa en la informatización de la sociedad para controlar el sistema de mercado y en el principio de performatividad para darle legitimidad.

La revolución es tal que, entre los años noventa y el comienzo del nuevo milenio, el mundo pareció organizarse en redes globales. La comunicación implementada por ordenador determina la aparición de comunidades vitales en las que la identidad del individuo se moldea, se modifica y se reconstruye sobre mecanismos de intercambio. Y si es cierto que la división entre países ricos y pobres es profunda, también es cierto que justo la lógica de la informatización determina una lógica del *sistema-mundo*, para que la vida de las personas no esté ya vinculada a mecanismos locales, sino más bien a lo que ocurre globalmente.

Estamos ante una verdadera revolución, una metamorfosis histórica que anuncia cómo el posmodernismo está lejos de haber concluido. Ya no es el fin de la historia o de las ideologías: el espacio de los flujos ahora imperante nos entrega una lógica tendente a echar por tierra y a romper los códigos culturales propios de las sociedades históricamente arraigadas y a volver a modular los procesos sociales de aprendizaje y conocimiento de la realidad, entregándonos una retícula de ficciones que, aún cuando sean desenmascaradas, no inspiran siquiera ni indignación. Pero el efecto quizás más sutil y perverso de esta época, hija y heredera del posmodernismo, ha sido que la política ha renunciado a desempeñar su papel. Esta actitud ha permitido, de hecho, la supremacía de los mercados globales incluso sobre los derechos humanos que tanto nos costó conquistar.

Fabricar la verdad: la experiencia de los regímenes totalitarios y los *Pentagon Papers*

Ya he dicho, en las páginas precedentes, que el posmodernismo nace después la trágica experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Hannah Arendt sitúa el conflicto entre verdad/mentira y política, justo en el escenario del espectro del totalitarismo, para luego recuperarlo en un ensayo posterior sobre el escándalo derivado de la publicación de los llamados *Pentagon Papers*, documentos que mostraron a Estados Unidos y al mundo entero la inutilidad de la participación de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam tras la Segunda Guerra Mundial.

Para la filosofía, las dos experiencias, esto es, la del régimen nazi y la de Estados Unidos, pese a ser diferentes, tienen sin embargo rasgos comunes: uso de la mentira, o sea, inclinación a dejar de lado los *hechos* y a *fabricar la verdad* reemplazando, mediante la mentira, noticias y hechos reales con datos ficticios (Arendt, 2015)⁶.

Es preciso ahora realizar algunas observaciones introductorias esenciales ante de reflexionar sobre dos casos objeto de estudio por parte de Arendt.

A primera (y descuidada) vista, parecería que Arendt condena *tout court* la mentira en política, y ello en pro de la verdad. En realidad, la de la Arendt es una problematización de la relación entre política, verdad y mentira. La primera, de hecho, constituye el

6 Apunta Arendt (2015): “el sigilo —que diplomáticamente se denomina ‘discreción’, así como los *arcana imperii*, los misterios del gobierno— y el engaño, la deliberada falsedad y la pura mentira, utilizados como medios legítimos para el logro de fines políticos, nos han acompañado desde el comienzo de la historia conocida” (p. 12).

espacio de lo posible, el lugar de los nuevos principios, de los cambios y, como tal, sigue abierto a la mentira, a la negación de los hechos por parte de los políticos.

Por consiguiente, ha de vaciarse el campo de las posibles confusiones: para Hannah Arendt utilizar la mentira en política no ha de suponer mayor escándalo; al contrario, considerar la política desde el punto de vista de la verdad quiere decir quedarse fuera del marco de la política⁷.

En este contexto, las investigaciones arendtianas sobre el uso de la mentira por parte de los regímenes totalitarios y de la inteligencia y de la política americanas van en el sentido de identificar la frontera entre este tipo de mentira, que podemos llamar *fisiológica*, y la mentira *patológica* que la Arendt critica⁸. En esta segunda categoría tenemos que situar las dos experiencias analizadas por Arendt.

Empezamos con los movimientos totalitarios, cuya propaganda se caracteriza, conforme a la filosofía americana, por el recurso a mentiras colosales: “la estabilidad del régimen depende del aislamiento de su mundo ficticio desde fuera” (Arendt, 1976, p. 438)⁹. Las palabras de Hitler a su plana mayor —o por lo menos a los que, pese a considerarlos como parte del círculo de confianza del Führer, seguían necesitando ser dominados— se caracterizaban por una majestuosa estrategia de persuasión que utilizaba también la mentira. Se trataba de una verdadera “propaganda de fuerza” que tenía a mostrar a la población y a la plana mayor que el poder de Hitler iba más allá de su autoridad y que, por eso, era más conveniente formar parte de esta estructura paramilitar nazi antes que vérselas a malas con ella.

La consecuencia principal de este tipo de régimen y de la masiva propaganda dirigida hacia el sometimiento de ‘amigos’ y hacia la destrucción de los ‘enemigos’ ha sido la de haber logrado el dominio total sobre los hombres; un dominio que se perpetró desde dentro, de forma que el individuo, controlado en todos los aspectos de su vida, ha sido anulado. En los campos de concentración, se mataba la espontaneidad del hombre que, junto con su imprevisibilidad, constituía el mayor obstáculo para el dominio total sobre las personas.

7 En *Verdad y política* (2016) Hannah Arendt apunta: “Siempre se vio a la mentira como una herramienta necesaria y justificable no solo para la actividad de los políticos y los demagogos sino también para la del hombre de Estado” (p. 347).
8 Sobre esta distinción, v. Possenti (2008, pp. 151-154).

9 Antes, Arendt (1976) escribía así: [Hitler] todavía “hablaba de perseguir al último judío de Europa y al pueblo entero en Siberia, en África o en Madagascar, cuando en realidad ya había decidido la solución final antes de la campaña de Rusia, probablemente en 1940, y ordenado preparar las cámaras de gas en otoño de 1941 (...). Himmler ya sabía en la primavera de 1941 que se iban a exterminar a los judíos, hasta el último hombre antes del final de la guerra. Tal era el inequívoco deseo y orden del Führer” (p. 342).

Con respecto a la masa, en cambio, era suficiente la propaganda basada en la mentira y en el silencio: “Toda cosa escondida o ignorada adquiriría relieve, más allá de su importancia intrínseca. La plebe creía realmente que la verdad era lo que la sociedad respetable había callado hipócritamente, o encubierto con la corrupción”. Las masas, de hecho, no creen en la realidad del mundo visible, de la propia existencia; no confían en sus ojos y en sus oídos, sino sólo en su imaginación, que puede ser atraída por aquello que es aparentemente universal y en sí mismo coherente (pp. 341-363). Hay una especie de levantamiento contra el realismo por parte de las masas subyugadas por los regímenes totalitarios: tales masas se desinteresan completamente de los hechos, de la realidad externa, y prefieren ser fieles a un sistema que les da la sensación de englobarlos en una totalidad ideológica.

La cuestión de la revelación de la mentira y de la superficial reacción de la opinión pública vuelve también en el caso *Pentagon Papers*, el escándalo americano que surgió con motivo de la publicación del expediente que reveló datos encubiertos sobre el papel de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam y del Sudeste asiático, al final de la Segunda Guerra Mundial¹⁰. En *Lying in Politics. Reflections on the Pentagon Papers*, artículo publicado por primera vez en 1972, la filósofa retoma algunos de los temas previamente tratados en *Truth and Politics*, redirigiéndolos, sin embargo, hacia una cuestión más específica: el deseo de los expertos del Pentágono de seguir descuidando los hechos relativos a la guerra de Vietnam. La publicación de los *Pentagon Papers* no hizo otra cosa que confirmar lo que ya había sido comprendido por la opinión pública: la inutilidad de la guerra de Vietnam, que no tenía nada que ver ni con los intereses de los americanos ni con las reales contingencias del Sudeste asiático.

Arendt no está interesada en las razones de la guerra, y mucho menos en afirmar el hecho simple de una guerra equivocada, sino más bien en las modalidades con las que los Estados Unidos, a través sus expertos y oficinas de inteligencia, habían inducido a la opinión pública a considerar justa aquella guerra. La filósofa revela así una estrategia dirigida a una continua manipulación de datos y de informaciones con el único objetivo de proteger la imagen de los Estados Unidos como superpotencia.

¹⁰ En junio de 1971, el *New York Times* publicó extractos comentados de un informe secreto que reconstruía la *Historia del proceso decisional estadounidense sobre la política en Vietnam*. El informe, de 46 volúmenes, constituía el éxito de una investigación encargada en 1967 a un grupo de expertos por parte del Subsecretario de Defensa Robert McNamara, que poco después iba a dejar el Pentágono en desacuerdo con las decisiones del presidente Johnson. Del informe salió que la tarea de los Estados Unidos en el Sudeste asiático no solo era inadecuada sino inútil para América por el contexto asiático. No había ningún peligro frente a una expansión del régimen comunista, por mucho que el conflicto aumentaría las dificultades políticas, sin olvidar que ninguna ventaja se habría producido por Estados Unidos. A pesar de estas evaluaciones de los servicios americanos (a partir de la CIA), el Pentágono y los diversos presidentes americanos aumentaron el compromiso a nivel militar en el Sudeste asiático en lugar de parar la guerra y retirar el ejército.

En este artículo, más claramente que en los ensayos precedentes (*Los orígenes del totalitarismo y Verdad y política*), Arendt establece la fina línea que distingue la naturaleza *fisiológica* de la mentira de aquella *patológica*. En el primer caso nos enfrentamos a mentiras por parte de los políticos que están, hasta cierto punto, justificadas. La naturaleza *fisiológica* de la mentira está justificada por el hecho de que la política constituye el espacio del cambio, la capacidad de comenzar algo nuevo sin que eso pueda pasar “*ab ovo*, creando *ex nihilo*”. El cambio “resultaría imposible si no pudiésemos eliminarnos mentalmente de donde nos hallamos físicamente e imaginar que las cosas pueden ser también diferentes de lo que en realidad son. En otras palabras, la deliberada negación de la verdad fáctica —la capacidad de mentir— y la capacidad de cambiar los hechos —la capacidad de actuar— se hallan interconectadas. Deben su existencia a la misma fuente: la imaginación” (Arendt, 2015, p. 13).

No es patológica, entonces, la mentira del político que disimula la realidad, ocultando circunstancias de hecho de manera intencionada, porque “Las verdades fácticas nunca son obligatoriamente ciertas” (p. 13). No es patológica la mentira del político que promete empleos a su electorado o la reducción de impuestos, porque el político interpreta y manipula hechos *contingentes* que siempre pueden ser cuestionados y modificados. Él sabe lo que su auditorio quiere oír o espera escuchar y, entonces, para él es muy fácil mentir.

En efecto, justo a la contingencia de la realidad y la posibilidad de interpretarla la mentira se hace atractiva porque justo esa no necesidad de los hechos hace difícil el contraste entre mentira y razón.

¿Qué es, entonces, lo que hace *patológica* la mentira?

¿Qué distingue a una mentira *fisiológica* de un político “normal” que hace promesas en campaña electoral de la propaganda nazi o de los *problem-solvers* americanos?

La diferencia, según Arendt, está en el autoengaño: quien promete empleos a su electorado trata de manipular y engañar a un auditorio, pero no se autoengaña. La *hybris* de la inteligencia americana y de los nazis consiste, en cambio, en la circunstancia que ellos, antes que engañar a la opinión pública, se engañaron a ellos mismos.

Y el autoengaño no consiste en la interpretación de los hechos contingentes, sino más bien en la negación ontológica de la realidad que se amplifica hasta reemplazar por completo la contingencia con la necesidad de mentir, de destruir la realidad, de perseguir sueños de omnipotencia.

La mentira de Hitler dirigida a la creación del enemigo perfecto tendía a destruir a los judíos, así como las mentiras de los analistas y expertos americanos, y de los varios presidentes de los Estados Unidos, tenían como objetivo negar hechos objetivos: antes

que mentir a la opinión pública, ellos estaban mintiéndose a sí mismos, ajustando la realidad a sus teorías e ideologías, para la omnipotencia de Alemania o para salvaguardar la imagen de los Estados Unidos, desgastada por la revelación de la inutilidad de la guerra y, aún más, de la no necesidad de su presencia en el Sudeste asiático. La *patología* determina la falsificación de la historia, porque no se limita a ocultar la realidad sino a aniquilar un imaginario colectivo experiencial que representa el tejido viable de una comunidad, de un pueblo¹¹. La ideología nazi y la operación manipuladora americana infringieron la realidad material de las dos naciones, tratando de modificar, hasta la negación extrema, una verdad en su totalidad.

¿Y a dónde lleva, en definitiva, este autoengaño patológico?

No se trata de un mero ejercicio retórico que busca convencer o persuadir al otro, sino más bien de una adicional y patológica distinción entre “verdad” y “mentira” en la conciencia de quién miente, postulando así, y definitivamente, “un conflicto real entre el mundo real y el engañador autoengañado que desaparece en un mundo enteramente desasido de los hechos” (p. 34).

Esta es la gran intuición de Arendt: distinguir entre la mentira que ilusiona de la mentira que engaña. El velo de la ilusión puede caer en cualquier momento ya que la realidad sin forma entra en nuestras vidas y nuestras conciencias y revela la caducidad de la mentira.

Lo que (auto)engaña, en cambio, manipula las conciencias y transforma la realidad, llegando, en algunos y trágicos casos, hasta su negación.

“The unit is the network”, es decir, la posverdad en el espacio de flujos

¿Puede la lección de Arendt, a propósito de la relación entre verdad, mentira y política, aún ser útil para leer y entender las difíciles geometrías políticas y socioculturales de nuestra época y darnos una brújula para guiarnos entre las nuevas emergencias democráticas?

11 A propósito de los *Pentagon Papers*, así escribe Arendt (2015): “Confiados en su puesto, en su educación y en su obra, mintieron, quizá por culpa de un errado patriotismo, pero lo cierto es que mintieron, no tanto por su país —desde luego no por la supervivencia de su país, que jamás estuvo en entredicho— como por la «imagen» de su país. A pesar de su indudable inteligencia, manifestada en muchos memorándums redactados por sus plumas, creyeron también que la política no era más que una variedad de las relaciones públicas y aceptaron esta creencia con todas las curiosas premisas psicológicas subyacentes” (p. 17).

Hay un elemento que me parece muy importante en los distintos análisis de Arendt: la utilización de las técnicas. En ambos casos, es masiva la referencia al papel que los medios de comunicación desempeñaron en exagerar imágenes, narraciones, datos, en ocultar y manipular hechos y, por último, en la amplificación de la realidad. En fin, la producción de aquel autoengaño que hace patológica la mentira se realiza también mediante la mediatización que da dirección a la opinión pública hasta hacerle creer en ciertos hechos más que a otros.

En el prólogo a *La mentira en la política* (2018), Olivia Guaraldo observa cómo la estrategia persuasiva de los analistas fue llevada a cabo mediáticamente con el fin de engañar, no al enemigo, sino a la opinión pública interior, que se contentó con una versión estucada de los hechos que estaba siendo manipulada hábilmente y modificada por los *problem solvers* del Pentágono. Como en el más hábil de los entretenimientos hollywoodenses, los americanos cedieron primero a la narración según la cual la intervención de los Estados Unidos tenía como objetivo “ayudar al pueblo vietnamita en autodeterminarse” y que la ayuda a Vietnam del Sur cumplía esencialmente una función anticomunista; luego llegó la limitación china, el deseo de evitar el tan temido “efecto dominó” y, por último, la “necesidad de salvaguardar la reputación de los Estados Unidos” (p. XX).

La libertad de desarrollo de las tecnologías, a partir de los años ochenta, ha facilitado, sin duda, el recurso y la difusión de la mentira en una sociedad de masas, dominada por la comunicación virtual. Con la fragmentación de las fuentes de información que se dispersan en las redes, haciendo prácticamente imposible un control *a priori* de la verdad/falsedad de las noticias, es más difícil manipular a la opinión pública orientándola hacia objetivos específicos (aumentar la hostilidad hacia grupos sociales, difundir la antipolítica, ser fuente de desconfianza, etc.).

La novedad de la época informacional es la red. Por primera vez en la historia, la unidad básica que organiza la economía, las relaciones sociales, el trabajo, no es un agente, ni individual (como el empresario o la familia), ni colectivo (como la clase capitalista, la empresa, el Estado), sino más bien el espacio virtual de flujos.

La red empieza a estructurar la economía, regulando la producción y la competencia a escala nacional, para luego difundirse en todo el mundo mediante el uso de la tecnología, que permite la interacción de los sistemas de empresa en tiempo real. Cuando esto ocurre, ya no es solo la economía la que va a ser influida por los flujos, sino también los modelos sociales, culturales y políticos de una sociedad¹². Por supuesto, no se puede

12 Como explica Castells (2010): “Las formas de organización económica no se desarrollan en el vacío social: están grabadas en las culturas y en las instituciones” (p. 188).

hablar de una cultura de la red en sentido estricto, porque la heterogeneidad de las redes y de los sujetos que actúan en las mismas contrarresta el establecimiento de una cultura unitaria. Se trata de una cultura *virtual*, pero al mismo tiempo material, porque apoya e impone decisiones económicas y políticas a los sistemas sociales y económicos, pero también al individuo.

Es una *cultura de lo efímero* porque la estratificación de la memoria de este tipo de cultura no está destinada para permanecer: las geometrías informatizadas condenan las redes a cambiar continuamente sus códigos culturales, bajo pena de obsolescencia¹³. Con ello, la red genera una *virtualidad real*, una especie de jaula de engaños que captura la realidad y la transforma en un sistema de imágenes y palabras, así que la misma realidad se convierte y se vive como una experiencia comunicada.

La difusión repentina de la comunicación mediada por internet, que ha generado millones de devotos de la web, produjo reacciones y tesis contradictorias. Para algunos estamos ante un nuevo tipo de comunicación que une a las personas en torno a valores e intereses compartidos (Rheingold, 1993). En sus estudios sobre *Virtual Communities*, Rheingold partía de la hipótesis del nacimiento de comunidades online, basadas en formas de comunicación interactiva, organizada alrededor del internet. Así mismo se pronuncia Mitchell (1995), quien avanzaba hipótesis positivas sobre estas nuevas formas de socialidad y de vida urbana adaptadas al nuevo ambiente tecnológico.

Estas tesis se oponen diametralmente a los estudios críticos que, a partir de los años noventa, alertan sobre el uso de internet, denunciando entre las posibles contraindicaciones un incremento de depresión, soledad, reducción de las relaciones familiares y sociales, desorientación y alienación (Slouka, 1995; Wolton, 1998).

De esos estudios se desprende el carácter ficticio que pueden tomar las comunicaciones por internet y que se basan en una contraposición entre comunidad/vida *real* y comunidad/vida *virtual*. Las comunidades virtuales privatizarían la socialidad, diversificándola con arreglo a criterios homologadores, porque los usuarios se unen en redes o grupos online sobre la base de intereses y valores compartidos. Dentro de estos segmentos se inscriben, luego, publicidad, noticias, informaciones, comunicaciones con función de propaganda. No es casualidad, según Castells (2010), que ya a finales de los años noventa la política empiece a utilizar el correo electrónico para la

13 La expresión *cultura de lo efímero* es de Manuel Castells (2010, que la define como “una cultura de la decisión estratégica, del mosaico de experiencias e intereses, más que una carta de los derechos y de los deberes” (p. 214).

implantación masiva de la propaganda y aproveche la creación de sitios web donde los políticos incluyen sus promesas electorales y sus perfiles e interactúan con el electorado con regímenes habituales (pp. 391-392).

La cuestión no es si la tecnología es positiva o negativa, sino cómo la tecnología cambia la relación entre realidad e imaginación a partir del código binario que la red pone a disposición: presente/ausente. Cuando el sistema produce una noticia, hace posible su comunicación y su socialización. El artificio es que la comunicación no se produce más en un espacio real y libre de manipulaciones, sino en la red, que es *espacio de flujos y tiempo sin tiempo*, lugar donde pasado, presente y futuro pueden programarse y reprogramarse. Se llega así a un desencanto general y a un desinterés por la realidad, pues todo lo que la mente puede imaginar o autoconstruir está online, así que la lógica de la red domina ya cualquier manifestación de poder y de función de nuestras sociedades.

El otro aspecto, no menos importante, en mi opinión, se refiere a lo rápido que las noticias se publican, comparten, difunden y publicitan. Esta anulación de la unidad espacio-tiempo, así como estábamos acostumbrados tradicionalmente a sentirla, impide o, por lo menos, dificulta la sedimentación de lo que la imagen o la noticia transmite. La narración, el testimonio, el relato de un hecho llevan tiempo por parte del destinatario para reconocer el mensaje y su narrador, el *Alter*. Los flujos de noticias no favorecen todo esto y, más bien facilitan, facilitan la propaganda que no necesita tiempo para alcanzar su objetivo. La propaganda es un eterno presente que rechaza la historización, la memoria de los eventos. La inmediatez es la que niega la mediación del tiempo y del espacio. Una imagen, una *fake news*, se hará viral publicada y compartida a la velocidad del sonido porque no necesita un espacio y un tiempo para que arraigue, como, en cambio, sí lo necesita la verdad. En ese mosaico la posverdad encuentra un terreno fértil, favorecida por la habilidad de la red de no percibir la complejidad de la vida, sino de limitarse a la percepción superficial por parte del destinatario de las noticias.

¿Cuál es la consecuencia más inmediata de esas transformaciones?

La revolución tecnológica cambia la naturaleza, de matriz arendtiana, de la *esfera pública* como lugar simbólico de la intersubjetividad, “espacio de la apariencia” (Arendt, 2018, p. 204) donde el hombre, como en la *polis* griega, habla, actúa y, entonces, se muestra en libertad a partir de reconocimiento mutuo con los suyos. En su *porosidad*, la esfera pública pone en movimiento un mecanismo permanente de producción de eventos comunicativos que entran en el discurso público hasta adquirir la cara de verdaderas deliberaciones.

La presencia de la *esfera pública* marcó la historia de la emancipación de la sociedad occidental.

Esta idea se encuentra ahora en una crisis por el hiper-desarrollo de una globalización de los medios de comunicación, antes que de la economía. La red ofrece la posibilidad de participar en eventos comunicativos declarando lo que se piensa en una red social o creando comunidades virtuales unidas por los mismos intereses, homologadas por los mismos valores. Pero la cuestión es que este tipo de comunicación no produce interacción y eventos comunicativos deliberativos, porque detrás de la ilusión de la interacción hay, en realidad, el drama del hombre que está dominado por el sistema informacional y es, entonces, *interactuado*.

Quien se beneficia del debilitamiento de la esfera pública es, también, la política que, como antes decía, ha tardado poco tiempo en descubrir el potencial del internet, en detrimento de la verdad y de los electores. El mecanismo, además del recurso a los correos electrónicos y de la creación de sitios web, es circular: las noticias (falsas) están envueltas con un lazo para aparecer creíbles y se despachan por los sitios en el mundo informativo; los usuarios las comparten contribuyendo a la difusión de comunicaciones *fake*. La alteración espacio-tiempo determinada por el circuito informacional hace, de hecho, imposible la activación de procesos de *fact-checking* para cada una de estas noticias falsas.

Para analizar estos procesos con las categorías de Arendt, podríamos decir que la cuestión no es tanto la producción *tout-court* de noticias falsas, o su difusión en la red, o, en fin, la vuelta de la mentira en la política, sino más bien el elemento *patológico* que puede detectarse en una doble *hybris*: la de quien produce informaciones falsas, mentiras, y favorece su difusión con la intención precisa de negar la realidad contingente en su actualidad y la del usuario que, por razones de indiferencia, o por un más general desencanto, se convierte en un multiplicador en red y contribuye así al proceso circular. En este segundo caso es la despreocupación con la que se aceptan noticias falsas o se niega a averiguarlas lo que plantea un problema para la política que, a su vez, saca provecho de estos procesos y actitudes y, entonces, se muestra reacia a cuestionarse en serio y encontrar así soluciones.

Esta *hybris* es una renuncia a la conquista de la libertad que, a partir de la *polis* griega, hizo al hombre un *zoon politikon* justo por medio del discurso y de la acción. El sucedáneo que ofrece la red en términos de participación *mediatizada* con el otro, *virtualiza* y, por eso, cancela o hace peligroso la mirada constitutiva del otro que en la *mesa de la esfera pública* permitía, en cambio, la experiencia del reconocimiento y

del cultivo de la posibilidad mediante el uso y el control de la razón práctica. La red no media preferiendo dejar espacio a la irracionalidad, a los procesos del gobierno que debilitan el sujeto, lo sustraen de la mesa de la esfera pública y lo convierte en el usuario perfecto, un multiplicador de flujos de noticias que corren y dependen de la emoción del momento que convierte al otro, el diverso, en un individuo peligroso, en el extranjero a evitar y a excluir.

Una nueva pista: ¡libres de cambiar el mundo!

Según el informe “Securing Democracy in the Digital Age”, realizado por el Australian Strategic Policy Institute (ASPI), las últimas elecciones presidenciales han sido seriamente condicionadas por la difusión de noticias falsas. Entre las *fake news* más difundidas:

“El Papa Francisco apoya Trump”

“WikiLeaks confirma que Hillary Clinton vende armas al EIIIL”

“El director del FBI recibió varios millones por la Fundación Clinton”

No se trató sólo de la difusión *tout court* de noticias. En la campaña electoral ingresaron noticias imaginarias, haciendo que la virtualidad se convirtiera en la realidad. Estas noticias tuvieron un gran impacto en la elección del presidente del primer país del mundo porque en la apreciación de los electores convirtieron a Clinton en una representante del detestado *establishment*. No estamos ante una utilización tradicional de la mentira, secretos que no pueden ser descubiertos o arte de gobernar que se basa en la retórica de las promesas para persuadir a su propio electorado.

De manera diversa, pero no menos preocupante, va tomando forma un mapa bien conocido: aquello de los *Pentagon Papers* o de la propaganda de la ideología nazi. ¿Cómo se escapa de este fuerte retorno a la mentira patológica?

Es la misma Arendt quien, de alguna manera, nos indica el camino: para escapar de la mentira, necesitamos aprender la realidad mediante el uso compartido del mundo con los demás. La cuestión no es tanto escapar de las mentiras políticas; la cuestión fundamental es escapar del autoengaño a partir del aprendizaje de los hechos, de la crítica, de las relaciones sociales y políticas, de una interpretación aceptable y no ideológica: evitar, en otras palabras, tomar vías totalizadoras.

En tiempos de metamorfosis y de cambios históricos, los clásicos siguen siendo una brújula para navegar por mares poco conocidos. Hannah Arendt es una de es-

tas brújulas: a la continua *manipulación de las palabras* que estamos presenciando, a dormirnos “en un atónito tipo de comportamiento funcional ‘tranquilizado’” (Arendt, 2018, p. 322) que la sociedad de la red nos impone y con respecto al cual somos cómplices conscientes, deberíamos oponer la experiencia dialógica del debate público.

“Somos *libres* de cambiar el mundo y de comenzar algo nuevo en él” (Arendt, 2015, p. 13).

Referencias

- Arendt, H. (1976)., *The Origins of Totalitarianism*. 4ª ed. Orlando: Harcourt Publishing Company.
- Arendt, H. (2015)., *La mentira en política. Reflexiones sobre los documentos del Pentágono*. En: *Crisis de la República*. (pp. 11-41). Madrid: Trotta.
- Arendt, H.. (2016)., *Verdad y política*. En Hannah Arendt (ed.), *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. (pp. 347-402). Bogotá: Ariel.
- Castells, M. (2010)., *The Rise of the Network Society*., 2ª ed. Oxford: Blackwell Publishing Ltd.
- Cevolini, A. (2007). Introducción. En a N. Luhmannn, *Conoscenza come costruzione*. Roma: Armando.
- De Caro, M. y& M. Ferraris, M. (2012). *Bentornata realtà. Il nuovo realismo in discussione*. Torino: Einaudi.
- De Rosa, R. y& V. Reda, V. (2017)., e-politics. Post-verità e fact checking: la nuova frontiera dell'informazione giuridica. *Comunicazione Politica*, 1, 145-150.
- Eco, U. (1995). *Interpretazione e sovrinterpretazione*. Milano: Bompiani.
- Guaraldo, O. (2018). *La verità della politica*. En Id. (ed.), H. Arendt (Ed.), *La menzogna in politica. Riflessioni sui Pentagon Papers* (pp. VII-XXXVIII). Bologna: Marietti.
- Heidegger, M. (2006). *Carta sobre el humanismo*., 4ª ed. Madrid: Filosofía Alianza Editorial.
- Liotard, J.-F. (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Editions de Minuit.
- Mitchell, W.J. (1995), *City of Bits: Space, Place and the Infobahn*. Cambridge: MIT Press.
- Oxford University Press – Oxford Languages. (2016). *Word of the Year 2016*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press – Oxford Languages. Recuperado de: <https://languages.oup.com/word-of-the-year/2016/>

- Possenti, I. (2008). Hannah Arendt., La menzogna in politica. Riflessioni sui Pentagon Papers. *Filosofia politica*, 1, 151-154.
- Rheingold, H. (1993). *Virtual Communities*. Reading: Addison-Wesley.
- Slouka, M. (1995). *War of the Worlds: Cyberspace and the High-tech Assault on Reality*. New York: Basic Books.
- Wolton, D. (1998). *Au dela de l'Internet*. Paris: La Découverte.